

2022

Imaginación biográfica, peruanismo y literatura en el “Elogio del Inca Garcilaso” de José de la Riva-Agüero y Osma

Enrique E. Cortez
Portland State University

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Cortez, Enrique E. (August 2023) "Imaginación biográfica, peruanismo y literatura en el “Elogio del Inca Garcilaso” de José de la Riva-Agüero y Osma," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 95, Article 11.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss95/11>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

IMAGINACIÓN BIOGRÁFICA, PERUANISMO Y LITERATURA EN EL “ELOGIO DEL INCA GARCILASO” DE JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA

Enrique E. Cortez
Portland State University

Con el “Elogio del Inca Garcilaso”, discurso que José de la Riva-Agüero y Osma pronunció en el homenaje por el tercer centenario de la muerte del cronista en 1916, concluye un desarrollo discursivo acerca de la obra del mestizo Garcilaso. A la vez, se abre una etapa de investigación biográfica y producción simbólica que no hará más que afirmar lo adelantado por el aún joven historiador limeño. Para Riva-Agüero, se trata de una última intervención, que al convocar los espectros discursivos de una polémica sobre el valor histórico de Garcilaso con el historiador peruano Manuel González de la Rosa y el filólogo español Marcelino Menéndez Pelayo, logra posicionarse como un saber legítimo y autorizado. Esta espectralidad, no es solo metafórica, ni una manera de describir la necesidad argumentativa de Riva-Agüero de exorcizar discursos supuestamente ya fenecidos en el ámbito de la cultura; lo cierto es que el “Elogio” surge como un último ajuste de cuentas contra autores que literalmente ya estaban muertos, y que ya no podían ser sujetos de polémica. Menéndez Pelayo, quien se dio el tiempo de escribir una carta a Riva-Agüero el 20 de setiembre de 1911, y en la cual acepta el valor histórico de Garcilaso, falleció algunos meses después en 1912. González de la Rosa, a quien la salud no le alcanzó para una nueva intervención en la polémica que entabló con Riva-Agüero desde 1908, murió también en octubre de 1912. El mismo José Toribio Polo, primer biógrafo peruano de Garcilaso, y quien no habría de fallecer hasta 1918, se encontraba en 1916 ya bastante enfermo y con un problema de la vista (Dager Alva 60). En cierto sentido, para el 22 de abril de 1916, día en que Riva-Agüero pronunció su discurso de homenaje a Garcilaso, el historiador limeño se ubicó defensivamente, casi como un exorcista, contra cualquier posibilidad de retorno de elementos discursivos de historiadores a los

que había sobrevivido. Esta defensa se estableció en dos direcciones que se analizarán en el presente texto: como una narrativa biográfica; y como el descubrimiento del valor literario de la obra del Inca. Para David Brading, la consecuencia final de esta ceremonia de homenaje fue que “el Inca quedó canonizado como el profeta y fundador de la historia del Perú, y por extensión de la patria peruana” (278).¹

La narrativa biográfica que constituye el “Elogio”, la más completa que se había escrito hasta el momento después del inaugural ensayo biográfico de Polo, es un texto que invita al lector a la imaginación, palabra que Riva-Agüero utiliza en su texto con frecuencia como un pedido para completar el sentido biográfico. No obstante, imaginar la vida de Garcilaso como un miembro de la nobleza, casi como si se tratara de un príncipe, no solo es condición para definir el significado biográfico de la vida del mestizo, sino también un elemento central para formular un concepto de mestizaje de orden aristocrático como una posibilidad para el nacionalismo peruano.

La sección biográfica del “Elogio”, a la cual enumero como segunda –el texto incluye una breve introducción que en este artículo denomino primera sección–, se inicia con un grupo de páginas dedicadas a la reconstrucción del ambiente de los primeros años de la Conquista, donde el padre, la madre, y el niño Garcilaso participaron. En general, el principal elemento que la narración de Riva-Agüero se dispone probar es la cuestión de la nobleza de sangre del mestizo Garcilaso. Con este objetivo, Riva-Agüero afronta un lugar común de la historiografía sobre esta época, y acaso como una forma de asegurar su propia calidad como biógrafo, al cuestionar la idea de que todos los conquistadores provenían de un estrato bajo. Sus ejemplos contrarios son dos compañeros de Francisco Pizarro: el antepasado del propio biógrafo Riva-Agüero, “de tan noble alcurnia como Ribera el Viejo y Juan Tello de Sotomayor y Guzmán”. Después de estos, y atraídos por las noticias de increíbles botines, afirma el biógrafo, “fueron viniendo sucesivamente segundones de los linajes más claros; y entre estos hay que contar al capitán Garcí Lasso de la Vega” (“Elogio” 337).

El paso siguiente para Riva-Agüero sería establecer el claro linaje del padre del cronista, para lo cual su narración, además de destacar significativos ancestros, está interesada en establecer que el mestizo Garcilaso pertenece a una familia dedicada a las letras, lo cual explicaría su talento como escritor. A este respecto, el biógrafo Riva-Agüero subraya lo siguiente de la parentela del conquistador Garcilaso de la Vega, lo cual vale igual para su hijo el Inca Garcilaso: “y como si la historia se esmerara en acumular para su estirpe los más castizos y excelsos timbres de armas y letras, tuvo parentesco próximo con el exquisito y único Jorge Manrique” (“Elogio” 338). De igual manera, el texto de Riva-Agüero informa del parentesco de otro Garcilaso, comendador de Montizón, quien murió en batalla contra los moros de Granada en 1458,

así como del “gran Marqués de Santillana, [...] [e]l más elegante de los postreros poetas trovadorescos” (“Elogio” 339). La conclusión de esta narración genealógica será la siguiente: “[N]uestro país iba a engendrar un escritor no indigno de tales parientes. ¡Privilegiada raza a la verdad ésta de los Lasso de la Vega en las letras de Castilla!” (“Elogio” 339). Con estos elementos de nobleza, el capitán Garcilaso, para cuyo realce personal Riva-Agüero afirma que fue nombrado capitán en España (“muy poco prodigado entonces”), “tuvo amores en el Cuzco con una princesa incaica, la ñusta Isabel Chimpu Oclo, nieta del antiguo monarca Túpac Yupanqui, una de las tímidas flores indias que solazaron a los fieros castellanos” (“Elogio” 340). La tropología regia, que en la obra del propio Inca confunde y asimila a la clase dominante incaica con la monarquía europea, se expresa en el texto de Riva-Agüero en su máxima expresión. A diferencia de su última respuesta a González de la Rosa, que se publicó en 1912, en esta ocasión el joven historiador limeño ya no trae a consideración que la madre de Garcilaso debía ser de las “indias más aseadas y aceptables” (“El señor González de la Rosa” 314), referencia que deja abierta la infeliz duda racista de que podría ser todo lo contrario; esta vez, la madre del mestizo, aparece signada con una alta dosis de cursilería, a través de la construcción metafórica de una “tímida flor india” (“Elogio” 340).

En su idealización de la condiciones biográficas de Garcilaso, Riva-Agüero afirma que su nacimiento, y su condición de hijo natural, es decir, producto del concubinato, lo cual en aquella época quería decir también abuso sexual, no eran indignas, sino más bien “casi decorosas”: “En el tumultuoso desarreglo de la Conquista, reciente aún el ejemplo de la desenfrenada poligamia de los príncipes autóctonos, el simple concubinato era muy acepto y público, y casi decoroso a los ojos de todos, así españoles como indios” (“Elogio” 341). En otras palabras, desde la perspectiva moralista con que Riva-Agüero interpretaba la vida del Inca, la Conquista había traído un orden moral a la sociedad indígena, la cual, antes de la llegada de los españoles, había tenido que soportar la “desenfrenada poligamia” de sus gobernantes. Para tal efecto, Riva-Agüero tuvo que argumentar contradictoriamente al interpretar al concubinato como si se tratara de una relación exclusivamente monogámica.²

Los primeros años de vida de Garcilaso, marcan para Riva-Agüero, lo que se podría denominar de manera contemporánea como “un sentimiento de clase”. Su padre, que vivía con “esplendidez extraordinaria”, dándose el lujo de alimentar diariamente a entre ciento cincuenta y doscientos camaradas, alojando amigos pobres a quienes vestía y proveía de cabalgaduras, y hasta rebajando los tributos a sus indios, había generado un espacio principesco que marcará el alma noble del niño para siempre: “En este medio de magnificencia y señorial boato se despertó el niño mestizo a la razón y al sentimiento” (“Elogio” 342). En este punto, Riva-Agüero imagina la posible niñez de Garcilaso, apoyándose en

los recuerdos de esta época del propio cronista, con un hondo sentido lírico, donde destaca el tratamiento que el pequeño Garcilaso recibe de la familia paterna y los conquistadores amigos; de la joven madre y el tío Francisco Huallpa Túpac, quien empezaría a trasmitirle una versión generosa de la historia incaica; de su ayo Juan de Alcobaza, “un hidalgo muy devoto y ejemplar”; y, en general, del Cuzco aún esplendoroso que le rodeaba (“Elogio” 343). Sin embargo, estos años de bonanza pasarán muy pronto, y el “príncipe” Inca Garcilaso, experimentará toda la crueldad de las guerras civiles a partir de sus seis años. Riva-Agüero, invita al lector a imaginar biográficamente el trauma que pudo experimentar el niño noble, acostumbrado a la magnificencia de su palacio: “Imaginémonos la impresión que debió producirle a Garcilaso tan espantosa temporada, que era el primero de sus recuerdos definidos: el espectáculo de su madre, joven y desvalida, vagando sobresaltada y congojosa en las vacías y pétreas estancias del *vasto palacio*” (“Elogio” 347; mi énfasis).

Después de la derrota de Gonzalo Pizarro, un nuevo periodo de calma llega a la vida de Garcilaso. A la vuelta de su padre, afirma Riva-Agüero, “el mesticillo, que ya contaba más de ocho años, salió a recibir a su padre tres leguas hasta Quispincanchis, en hombros de los criados indios” (“Elogio” 348). Los ejemplos de la situación social del Inca en su niñez se multiplican en las páginas de Riva-Agüero, ya sea como referencias al boato de su padre, la vida en un palacio, la presencia de un ayo, la asistencia de indios sirvientes, los estudios y juegos en “unión de sus condiscípulos, como él mestizos y progenie de los encomenderos principales” (“Elogio” 351). Como adolescente, destacan los viajes al Alto Perú (Charcas, Cochabamba, Potosí),³ los “señoriles deportes” en los que participaba, el arreo de los caballos, el gusto por las armas, la equitación, la caza (“Elogio” 365). Los énfasis de la narrativa biográfica destacan la vida noble y la experiencia como testigo de la vida de unos ochenta encomenderos que se denominaban vecinos del Cuzco y que “constituían una aristocracia cerrada, opulenta y belicosa” (“Elogio” 358).⁴ En la narración de Riva-Agüero, el Inca era parte de esta aristocracia, y si no fuera, primero, por el matrimonio de su padre con una dama española, que “hubo de afligir profundamente al hijo ilegítimo” (“Elogio” 254), y después, la muerte misma de su progenitor, su situación aristocrática hubiera carecido de conflicto interno, emocional.

Un episodio más signa el carácter aristócrata de Garcilaso para Riva-Agüero, y a la vez, resquebraja aún más su dolor interno, que la presencia de la madrastra había significado ya como un desplazamiento del lugar de su madre. Se trata de las momias que había descubierto el entonces corregidor Polo de Ondegardo, las cuales Garcilaso tiene la oportunidad de ver y hasta tocar, como una metáfora potente de *translatio studii* entre el futuro historiador mestizo y su antepasado, el inca Huayna Cápac.⁵ Sin embargo, Riva-Agüero, prefiere abordar otra vez la topología del trauma, y enfatiza que cuando estas momias fueron sacadas en procesión

por las calles del Cuzco, “los españoles se quitaban las gorras, como que eran cuerpos de reyes; y los indios se arrodillaban a su manera con grandes extremos de adoración, prorrumpiendo en gemidos y lágrimas. Tal fue la postrera, imponente y fúnebre sensación que imprimió en el historiador su paterno Cuzco” (“Elogio” 366).

Ahora bien, no es casual que en la cita anterior, que marca el final de la vida cuzqueña del joven Garcilaso, Riva-Agüero afirme que se trataba de su “paterno Cuzco”. El episodio sobre las momias, que sirve en la narración biográfica para marcar el aspecto noble también en línea materna de Garcilaso, es una experiencia a la que este solo puede acceder como miembro de la aristocracia española que se había asentado en el Cuzco. De modo que la ciudad que experimenta el mestizo es el Cuzco transformado por la acción paterna, la misma que el biógrafo opta por destacar en su narración como lo más importante de la niñez y juventud del mestizo: desde el primer trauma, experimentado por el niño a propósito de la rebelión de Gonzalo Pizarro, pasando por la aflicción de adolescencia de ver desplazada a su madre por causa del matrimonio del padre, junto a esta última experiencia de las momias como postrero recuerdo de la pérdida incaica de una gloria anterior por acción de los conquistadores, la narrativa de Riva-Agüero explora una interpretación de Garcilaso, marcadamente psicologista, que enfatiza la cuestión del duelo y la melancolía. Esta línea de análisis psicológico de la vida de Garcilaso, que se inició con el “Elogio”, no tuvo continuadores en el Perú sino hasta muy avanzado el siglo xx. Esto no quiere decir, que no haya habido interpretaciones de este tipo en las futuras narraciones biográficas sobre el Inca; sí las hubieron, pero todas ellas adolecen de exhibir una suerte de psicologismo intuitivo o *amateur*, a pesar de que ya para 1910 Sigmund Freud había publicado su estudio sobre Leonardo Da Vinci, la primera psicobiografía propiamente dicha.⁶

Una vez muerto el padre de Garcilaso es la voluntad aristócrata, según el biógrafo, lo que lleva al noble mestizo a España. Según la narración de Riva-Agüero, “deseoso de mejorar la situación propia y la de sus hermanos mestizos, y su madre, que aún vivía, se decidió a ir a España y solicitar en persona mercedes reales” (“Elogio” 365).⁷ Tal pretensión, sin embargo, se frustró por la afiliación de su padre con el bando rebelde al rey de Gonzalo Pizarro, según la crónica de Diego González, el Palentino, de manera que el Inca decide quedarse en España y dedicarse a la milicia, llegando a ser capitán. Esa decisión es interpretada por Riva-Agüero como una acción aristocrática, abriendo el camino a otros peruanos, también con elementos de nobleza, que participarán en guerras europeas: “Fue Garcilaso el primer peruano conocido que guerreó en Europa, abriendo así la senda que en los siguientes siglos habían de ilustrar nuestros bizarros compatriotas los Marqueses de Montara y Valdecañas, el Duque de Montemar, y los Condes de Brihuega y de la Unión” (“Elogio” 370). Y cuando estaba combatiendo, Riva-Agüero lo

imagina pensando “en las proezas de su glorioso y legendario abuelo homónimo, el *Comendador del Ave María* en Toledo” (“Elogio” 371, énfasis del autor). El biógrafo agrega un punto más: “nos place imaginar que él, a fuer ya [sic] de buen peruano, [...] debió de recordar también a menudo [...] su descendencia de una raza semejante de antiguos dominadores, avasallados” (“Elogio” 372). De esta forma, Riva-Agüero postula la posibilidad de un conflicto interior como una prueba de peruanidad, lo cual destacaría sus condiciones de humanista y de hombre más para las letras que para las armas.

Una vez a su regreso de la guerra, la narración biográfica explora lo que podríamos definir como una posible biografía intelectual de Garcilaso, que el biógrafo abstrae de las citas del cronista cuzqueño a lo largo de su obra.⁸ Entre Boyardo, Ariosto y Bocaccio, y su perfeccionamiento del latín, se inicia el proyecto intelectual de Garcilaso, quien “fiaba con razón en su pluma para vivir ante la posteridad, anhelo que ni la religiosidad ni la vejez pudieron ahogar en su alma generosa” (“Elogio” 375). Echando mano del tópico del *locus amoenus*, Riva-Agüero signa los años de Montilla, como un tiempo preparatorio para la obra por venir, en la “fecunda quietud de su campesino retiro” (“Elogio” 375). Gracias a las lecturas, y a ese espacio propicio, Garcilaso se convierte en la narración de Riva-Agüero en el único representante peruano de la “antología neoplatónica” (“Elogio” 377). Eso explica que su primer trabajo literario para el biógrafo, la *Traduzion del Indio*, haya superado y eclipsado a las otras traducciones de la obra de León Hebreo, “según la autorizada opinión de Menéndez Pelayo” (“Elogio” 376). Y en el caso de la *Florida*, recuerda que un par de años antes de su discurso, en su breve historia de la literatura peruana de 1914, Ventura García Calderón la había calificado de “*Araucana* en prosa” (“Elogio” 379). La historia de la expedición de Hernando de Soto aparece de esta forma interpretada como “una epopeya real y efectiva que, desnuda del aparato de la versificación y de invenciones fabulosas [...], obtiene con la insuperable limpidez de su estilo, extraordinaria eficacia poética: la llaneza sublime y el heroico candor de un cantar de gesta ó de los libros de Herodoto” (“Elogio” 379).

Luego viene el análisis de los *Comentarios*, que corresponde a la vida de Garcilaso en Córdoba en la narración del biógrafo.⁹ Este énfasis es importante, porque para Riva-Agüero el paisaje de Córdoba hacía recordar al mestizo su tierra natal: “Con la doblada y profunda nostalgia que infunden el destierro y la senectud, revivía las imágenes de su patria y los primeros años” (“Elogio” 383). Esta semejanza, asimismo, que trabaja el estado de ánimo de Garcilaso se plantea como el origen afectivo de su obra más importante: “De este íntimo añorar nacieron los *Comentarios reales*, que están por eso embebidos de ternura, y puede afirmarse que inician el género literario de los recuerdos infantiles, que creemos tan modernos” (“Elogio” 383).

Esta última cita, que introduce los *Comentarios* como una especie de literatura autobiográfica, nos permite volver al tema de los fantasmas, con que inicié este artículo, que el “Elogio” necesita conjurar para tener existencia textual. En el caso de González de la Rosa, la narrativa biográfica había permitido a Riva-Agüero argumentar directamente contra los argumentos del viejo historiador, afirmando que los viajes que Garcilaso había realizado al Alto Perú otorgaban valor de verdad a su testimonio, es decir, como una prueba de que sabía de lo que hablaba cuando se refería al espacio sur andino. En el caso de Menéndez Pelayo, la última cita hace evidente que Riva-Agüero acepta su reclasificación, pero con una rectificación: los *Comentarios* no eran novela utópica, ni su versión moderada que se desprende de las notas y añadidos a este tema en la *Historia de la poesía*;¹⁰ los *Comentarios* eran literatura autobiográfica, una especie que atenta menos a la verdad histórica que la novela.

Estos apuntes nos conducen a la parte más importante del “Elogio” de Riva-Agüero, las páginas que dedica a la significación de la figura biográfica y la obra de Garcilaso. Estas páginas, que se emparentan con la breve introducción que inicia el “Elogio”, son el desarrollo de la manera en que Riva-Agüero cifra al Inca en este inicio, como símbolo de la peruanidad: “Garcilaso no es sólo el primero de nuestros prosistas en tiempo y calidad, sino la personificación más acabada de la índole literaria del Perú [...] Todo en el Inca Garcilaso, desde su sangre, su carácter y las circunstancias de su vida, hasta la materia de sus escritos y las dotes de imaginación [...], concurre a hacerlo *representativo perfecto, adecuado símbolo del alma de nuestra tierra*” (“Elogio” 336; mi énfasis). En la tercera sección del “Elogio”, a partir de un conjunto de consideraciones del valor histórico de la obra de Garcilaso, y ensayando una nueva defensa, esta vez contra George Ticknor, Riva-Agüero se encontrará con el Garcilaso literato, aquel que personificará mejor, según su narración, la índole literaria del Perú y el símbolo perfecto de lo peruano.

El inicio de la última sección del “Elogio” recuerda la cuestionada autoridad histórica del Inca y la dimensión de la hazaña del historiador peruano en defensa del cronista cuzqueño: “[S]éame lícito recordar que, en vista de nuestras defensas, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, universal y supremo maestro de cuantos escudriñamos los anales de la literatura castellana, templó mucho el insólito rigor de sus juicios en su definitiva *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, y aun más terminantemente reconoció y rectificó sus exageraciones en carta particular con que me favoreció pocos meses antes de morir” (“Elogio” 389-390). Esta convocatoria del aura simbólica que el “universal y supremo maestro” le había ofrecido desde una perspectiva trasatlántica de lo hispano, sobre todo a través de una carta personal, retoma el tema de la autorización cultural desde el cual el proyecto de Riva-Agüero toma sentido. Actualizando el viejo tópico de que la historia la escriben los vencedores, más aún si los vencidos están muertos, Riva-Agüero asume

su lugar como fundador de un nuevo discurso sobre el significado de Garcilaso. Pero no solo son los argumentos de Riva-Agüero los que le aseguran un lugar victorioso, también el trabajo del tiempo, que se expresa en la aparición de nuevos estudios y documentos, otorgan el valor que se merece Garcilaso, según plantea el historiador: “[P]ara escarmiento ejemplar de noveleros y pedantes [...] de los estudios de Max Uhle y Philip Means se desprende el acierto y completa razón de Garcilaso contra Cieza en asunto tan esencial como el orden y el rumbo de las conquistas incaicas” (“Elogio” 390). Incluso la entonces recién descubierta crónica de Guamán Poma de Ayala no hará más que corroborar y asegurar el valor de verdad de la obra del Inca.¹¹ De esta manera, Riva-Agüero abandona el discurso biográfico de la segunda sección del “Elogio” para retomar el tono polémico con que inauguró su presencia en el campo peruano de producción cultural, especie discursiva que le había retribuido con excelentes triunfos simbólicos. Dado que en la segunda sección del “Elogio”, Riva-Agüero había formulado que la obra de Garcilaso también era literaria, pero no en el sentido novelesco de Menéndez Pelayo, sino como una especie de literatura autobiográfica, esta nueva defensa de Garcilaso, que se dirige en esta ocasión contra la opinión de los autores españoles, utiliza una estrategia argumentativa ya conocida para los lectores del historiador limeño: la relativización.¹² Desde una perspectiva diacrónica, afirma el historiador, acusar a Garcilaso de inexacto y novelesco, no es nuevo en el campo de lo histórico: “Todos los historiadores de genio [...] han sido tachados de inexactos y novelescos, porque la mayoría de los lectores no acepta el expresivo y saltante relieve de la vida histórica, que contrasta con sus habituales ideas, y no tolera que contradigan sus prejuicios nacionales y de raza, partido o secta” (“Elogio” 392). La lista de autores acusados es larga, y de ellos destacan Tácito, Tito Livio, Juan de Mariana, Ernest Renan, Jules Michelet e Hippolyte Taine, lista que a su vez plantea las preferencias de lectura del propio historiador limeño. Entre ellos, Riva-Agüero concluye: “Garcilaso no podía eximirse de semejantes ataques, glorioso privilegio de sus hermanos mayores” (“Elogio” 392). Lo que propone este argumento relativista como postrero intento de defensa de la calidad histórica del Inca es el lugar del historiador de genio en la historia. Este genio se expresa en la capacidad de establecer una verdad general, aunque la llegada a ella muestre algunos errores e imprecisiones. La obra del Inca sería ejemplo de esto: “Son tuyas esas verdades generales, patrimonio de los historiadores con alma de poetas, que se equivocan y yerran en lo accesorio, pero que salvan y traducen lo esencial” (“Elogio” 394). Estas citas muestran, como ha apuntado Brading para otro caso, la importancia del idealismo alemán de inicios del siglo xix en el proyecto histórico de Riva-Agüero, donde el énfasis estaba dado en la consideración del historiador como un sumo sacerdote de la república patria y la nación, presente en las poéticas de Michelet y Thomas Carlyle en Europa, y en

las de José Enrique Rodó y Justo Sierra en el ámbito americano. Esta concepción de escritura de la historia, asimismo, se “expresaba en el culto a los héroes y los padres fundadores” (Brading 260). El heroísmo de Garcilaso como historiador, según el “Elogio”, se hace evidente en la capacidad de Garcilaso de expresar en condiciones adversas, “una entraña del sentimiento peruano”, que se manifestó como una melancolía y un avasallador amor por su patria, saqueada y derribada su majestad con la conquista, “que removían y excitaban la conciencia nacional” (“Elogio” 394-395). Por esa razón, dice Riva-Agüero, después de la rebelión de Túpac Amaru, la Corona mandó prohibir y recoger ocultamente los ejemplares de los *Comentarios* (“Elogio” 395).

Este apunte final sobre lo heroico del historiador, que consigue a partir de las circunstancias mantener íntegra la esencia de la peruanidad, nos trae de vuelta la manera en que un ensayo como el de Polo “El Inca Garcilaso”, opacado en los balances del garcilasismo por el texto de Riva-Agüero, había sido en verdad precursor del “Elogio”. En cierto sentido, el “Elogio” se manifiesta como un discurso amplificador del ensayo de Polo en varios aspectos, todos centrales: como un énfasis en la narración biográfica, a partir de la cual se asegura una defensa del Inca, quien había sido víctima de un cuestionamiento de sus condiciones biográficas para la historia durante los siglos xviii y xix; como un uso parcial de la reclasificación propuesta por Menéndez Pelayo para el Inca, formulando su condición de historiador y también de literato; como una narración sobre las condiciones de héroe cultural, probado por la lectura del movimiento nacionalista inca de fines del siglo xviii, que tanto su biografía como el simbolismo de su obra ofrecían a lo peruano.¹³ Que entre el ensayo de Polo y el de Riva-Agüero hayan pasado diez años para la aceptación de un mismo contenido discursivo –aunque más sofisticado en el caso del “Elogio”–, señala el interés discursivo, del campo cultural peruano en general, en establecer bases desde una perspectiva de lo heroico. El siglo xix, al no conseguir un héroe al alcance de la circunstancia histórica que supone la formación de un discurso nacional, dejó este tema como tarea pendiente para los futuros historiadores, la cual fue elaborada en las páginas de Polo y perfeccionadas en el “Elogio” de Riva-Agüero. Una diferencia, sin embargo, es evidente entre ambos. Mientras Polo tiene un acercamiento metafórico al archivo colonial, como una suerte de búsqueda y encuentro de momentos fundacionales de patriotismo entre el caos de sus legajos, Riva-Agüero posee un interés metonímico en lo colonial, época que no solo se integra a lo republicano tanto en *La Historia* como en *Paisajes*, sino que además desplaza a este periodo como espacio de fundación de la tradición cultural peruana. El Inca Garcilaso es ideal para esta recuperación de lo colonial como espacio de la tradición, a partir de una reformulación para lo peruano de la propuesta de clasicismo que Menéndez Pelayo sostuvo para España y el hispanismo.¹⁴

En efecto, después de comparar al Inca con otros historiadores, de donde resulta que Juan Santa Cruz Pachacuti, Juan de Betanzos y Guamán Poma no pasan de sus modestos auxiliares para la historia andina;¹⁵ y donde el único rival digno de la escritura de Garcilaso en América le parece Luis de Alva Ixtilxóchitl, Riva-Agüero se desplaza hasta la antigüedad clásica para concluir que el Inca es el equivalente a Herodoto: “Así Herodoto como el Inca Garcilaso expresaron ante la Europa culta de sus respectivas épocas, la deslumbrante y exótica poesía de los grandes países ignotos, de sus vagos y fabulosos anales y su opulenta barbarie; y compusieron obras de extraño encanto” (“Elogio” 396). Al margen del intento, que indica el título del discurso de Riva-Agüero, de elogiar la grandeza del historiador cuzqueño, la comparación con Herodoto era central para Riva-Agüero, ya que de esa forma podía formular su hipótesis fundamental sobre Garcilaso en este texto: el carácter clásico de su escritura: “El estilo de nuestro compatriota es, como el del *Padre de la Historia*, el triunfo de la naturalidad y la soltura, de la claridad reposada que suele subir sin esfuerzo a la elocuencia patética, de la gracia noble y sin afeites, la tersura perfecta, la fresca y tranquila abundancia, la floración y el perfume de la más dichosa adolescencia del ingenio” (“Elogio” 397; énfasis del autor). Sin embargo, este planteamiento del clasicismo de Garcilaso se enfrentaba a un cuestionamiento más, incluido en la *History of the Spanish Literature* de Ticknor. Este autor, que había pasado desapercibido en la polémica sobre la autoridad del Inca entre 1906 y 1912, es convocado por Riva-Agüero para, a través de otra victoria sobre un interlocutor muerto, consolidar mejor su propuesta. Dice el historiador limeño:

Ticknor, rehacio [sic] a la sincera y directa emoción estética, al halago personal de la belleza, invirtió largos años de su vida en catalogar las producciones literarias castellanas, con paciencia meritísima y óptima intención, pero con escaso arranque y grosedad extranjera sajona, y apreció a los autores apoyándose sobre la fé y testimonios ajenos y la opinión común, admirando sumisamente a los de primera línea, consagrados por la fama universal. Por eso, cuando se topa con escritores de menos estrepitoso renombre, de gloria entonces controvertida ó de méritos olvidados, cuando se ve obligado a emitir juicio de veras propio y original, yerra desastadamente (“Elogio” 398-399).

La originalidad de los argumentos, como se desprende de este análisis, no fue el fuerte de Riva-Agüero. Y al igual que su propuesta de clasicismo en Garcilaso, que retoma de Menéndez Pelayo sin citarlo –cuando no sea para recordar a su auditorio la validación cultural recibida–, en su crítica de Ticknor vuelve a invocar los argumentos del español, “universal y supremo maestro”, dedicados al historiador de Boston en 1901, en su introducción de la nueva historia de la literatura española de James Fitzmaurice-Kelly. Lo que Menéndez Pelayo encuentra problemático en

Ticknor es lo que él identifica como la ausencia de una estética coherente. El trabajo del historiador norteamericano para Menéndez Pelayo es valioso por lo erudito, pero carece de lo fundamental, que la estética, como nueva disciplina, había traído y consolidado para el historiador del siglo XIX: un nuevo concepto de literatura, definido como la atención del crítico literario al “valor del elemento puramente artístico” (“Prólogo” X). Precisa Menéndez Pelayo: “Hay en toda la obra [de Ticknor] una falta de orientación crítica, una vaguedad y superficialidad de pensamiento, una falta de penetración estética, que no pueden disimularse con toda la erudición del mundo. Rara vez pasa de la corteza de los libros; sus juicios son muchas veces de insigne trivialidad” (“Prólogo” XIII). Las coincidencias entre Menéndez Pelayo y Riva-Agüero en cuanto a las críticas a Ticknor son sorprendentes si se considera en conjunto las páginas que el español dedicó al norteamericano.

Por último, el “Elogio” se cierra con algunas propuestas sobre el clasicismo de Garcilaso, que Riva-Agüero abstrae de la obra del mestizo como un análisis racializado. El contenido de los *Comentarios*, que correspondería en su análisis a una suerte de americanismo descriptivo,¹⁶ como había planteado en el *Carácter*, es el efecto de la formación clásica del Inca que se suma a su condición indígena: “Mas toda esta materia poética [el paisaje andino, los anales incaicos], tan nueva e ingente, la ha tratado con una discreción infalible, con una delicadeza, una lucidez y un buen gusto nativos” (“Elogio” 403-4104). De aquí, se puede especificar el arte de composición de Garcilaso como un arte que replica su condición biográfica. Se trata de un estilo armónico, es decir, que corresponde al mestizaje biológico y cultural del Inca: “En Garcilaso se halla armonizada [sic] y dispuesta obedeciendo a una inspiración de suavidad continua, que arregla los contrastes, previene los descansos, agrupa y distribuye reflexivamente los asuntos, y escoge y ordena las citas. Este arte oculto de composición vivifica sus libros” (“Elogio” 404). De esta definición del estilo de Garcilaso como clásico, Riva-Agüero pasa a la definición de los *Comentarios* como totalidad en términos de género literario. Así, afirma que, en los dos tomos de los *Comentarios*, Garcilaso ha escrito una “clásica tragedia” griega (“Elogio” 404). En consecuencia, desde una perspectiva de lo clásico, una línea como la siguiente en los *Comentarios*: “aquella flauta que desde el otero llama con mucha pasión y ternura”, “vale por todos los yaravíes de Melgar” (“Elogio” 404). En términos de historia literaria, el Inca no es solo superior a Mariano Melgar; las anécdotas, los dichos graciosos, los detalles de las costumbres lo convierten en “indudable y principalísimo antecesor” de las *Tradiciones peruanas* de Palma, revelándolo como el “cabal tradicionalista de la primera generación criolla” (“Elogio” 405). La referencia a la obra de Palma no es gratuita. De esta manera, Riva-Agüero logra establecer una continuidad metonímica entre el Inca y el que era apreciado como el escritor contemporáneo más talentoso por las historias literarias disponibles, por cierto, la del propio

Riva-Agüero y la de García Calderón. Más importante aún, el Inca, que hasta entonces había tenido un lugar como antecedente metafórico, a partir del "Elogio" de Riva-Agüero ostentaría un lugar canónico como autor en esta historia literaria peruana, que reúne sin disolución de continuidad a lo colonial y lo republicano. Por esta razón, para Riva-Agüero no hay duda de que Garcilaso "es el más perfecto representante y la más palmaria demostración del tipo literario peruano. Un mestizo cuzqueño, nacido al día siguiente de la Conquista, primero y superior ejemplar de la aleación de espíritus que constituye el *peruanismo*" ("Elogio" 405-406; énfasis del autor).

La cita anterior, que introduce por primera vez en el texto la noción de peruanismo, tiene en Garcilaso su más alto símbolo, a partir de un mestizaje que se manifiesta armonioso para Riva-Agüero tanto en su circunstancia biográfica como en la realidad textual de su obra. Según Riva-Agüero, esto responde a que el clasicismo que encarna Garcilaso en vida y obra es algo esencialmente peruano, y se plantea como una conceptualización del mestizaje biológico, que haría de los peruanos más aptos para lo clásico y la producción cultural de este signo, que los mismos españoles.¹⁷ En esta dirección, precisa Riva-Agüero: "Aquel armónico tipo literario que reconocemos en Garcilaso, es efectivamente peruano [...] Es la adecuada síntesis y el producto necesario de la coexistencia y el concurso de influencias mentales, hereditarias y físicas que determinan la peculiar fisonomía del Perú. La inteligencia peruana lleva ingénitas muy definidas tendencias al *clasicismo*" ("Elogio" 406-407; énfasis del autor). Pero entender el clasicismo como algo ingénito a lo peruano, parte de la vida cultural del país que vivía contemporáneamente el historiador, suponía una precisión más. La definición de clásico de Riva-Agüero tendría que abandonar el énfasis de su maestro Menéndez Pelayo en la importancia del latín y el griego, idiomas no muy presentes en el campo de producción cultural peruano: "La calidad de clásico no estriba esencialmente en estar atiborrado de latín y griego, ni menos en atenerse a caducas preceptivas retóricas y poéticas" ("Elogio" 407). Al contrario, lo que interesaba a Riva-Agüero era una definición del espíritu clásico, algo que también podría expresarse en castellano, lo cual consistía para el historiador en "la ponderación y concierto de las facultades, en la regularidad de las proporciones, en la claridad lógica llevada hasta los sentimientos, en la nitidez de las representaciones e ideas, en el predominio de la razón analítica y discursiva y de la imaginación plástica; y como consecuencia, en el orden y aseo del lenguaje y en la pureza del gusto" ("Elogio" 407). Todos estos valores, que Riva-Agüero encuentra en su análisis de los *Comentarios* de Garcilaso, eran elementos que expresaban la propensión de lo peruano, incluso más que en lo español, a la "cultura mediterránea que denominamos *latinismo*" ("Elogio" 407). Esta idoneidad de lo mestizo peruano para con el clasicismo, incluso naturalmente más predispuesto a lo clásico que lo español, se

explicaba para Riva-Agüero en que la “idiosincrasia literaria española” no era exclusivamente clásica. En su interpretación cultural de España, Riva-Agüero encuentra un espacio heterogéneo, donde el clasicismo no se puede definir como popular. España se planteaba así como “quizá la única no exclusivamente clásica entre las naciones neolatinas; porque junto a la solidez de la herencia romana, se precipita el torrente de la más romántica anarquía, y entre Cervantes y Lope, supremas encarnaciones de los dos impulsos contrarios, la mayoría opta por Lope” (“Elogio” 408). Para entender cabalmente el origen de las reflexiones sobre el espíritu español, debemos considerar que el *locus* de enunciación de Riva-Agüero era el Inca Garcilaso. En el análisis de la segunda sección del “Elogio”, páginas arriba, he mostrado que Garcilaso está definido por Riva-Agüero a través de una narración biográfica que enfatiza el sentido, que Cornejo Polar interpretó lúcidamente, como doblemente aristocrático de su condición vital, es decir, como noble español y príncipe inca.¹⁸ Desde esa perspectiva, el rechazo de la anarquía romántica y de lo que representaba Lope, parecería ser más bien un rechazo de lo popular, que tanto el romanticismo como la obra de Lope rescataron. De manera opuesta, en el Perú de Riva-Agüero, “entre los criollos y mestizos americanos, por más extraño que parezca, han prevalecido decididamente las condiciones latinas, ó mejor dicho, las nativas propensiones al clasicismo, a pesar de la escasez e interrupción de la cultura verdadera” (“Elogio” 409).

No obstante, lo que Riva-Agüero identifica como escasez o interrupción de la “cultura verdadera” define más las producciones literarias en el Perú. En este sentido, la propuesta de clasicismo de Riva-Agüero, que al final se desmarca de los postulados de Menéndez Pelayo para generar un discurso de superioridad cultural, que sobrepasa incluso a lo peninsular, queda limitada por los alcances de la propuesta del clasicismo del filólogo español. Como afirma Brading, la disposición neoclásica de Riva-Agüero le impidió encontrar valor en la cultura virreinal, y mientras críticos literarios en España como Dámaso Alonso, “fueron más allá de las fulminaciones de Menéndez Pelayo para redescubrir la elevada calidad y originalidad de la poesía de Góngora; Riva-Agüero en cambio encontró insufribles a los cronistas del Perú del siglo xvii. Al igual que tantos otros republicanos decimonónicos no tenía ninguna simpatía por la cultura del barroco” (282).¹⁹

Para concluir esta incursión en la obra de Riva-Agüero es importante retener que el Inca Garcilaso representado en el “Elogio” se muestra como un espacio mucho más seguro para un discurso de identidad nacional que exaltaba el mestizaje, que las geografías accidentadas del país que había descubierto Riva-Agüero en su viaje por algunas ciudades de origen colonial de la sierra del Perú. Sobre todo, fue la ciudad de Ayacucho la que lo llenó de optimismo, porque en sus observaciones logró constatar que en esa ciudad aún se respiraba un aire colonial: “De noche, no es raro ver a la luz de la luna, en los portales y las esquinas, ancianos envueltos

en nobles capas castellanas; y junto a la fragancia de las huertas, frente a los torneados balconcitos y a las ventanas enrejadas, arrullan en la sombra los yaravíes y bordonean las vihuelas. Esto es todavía de un intenso criollismo colonial" (*Paisajes* 124).

El intenso criollismo colonial, que le permite diversas digresiones históricas, incluyendo algunos apuntes etimológicos sobre el topónimo Ayacucho, que según su análisis quiere decir "rincón de los muertos", está amenazado también por la modernización. El problema se originó, explica Riva-Agüero, a mediados del siglo xviii, cuando algunos títulos y mayorazgos fueron trasladados a Lima, con lo cual se produjo un despoblamiento aristocrático que preocupa al viajero, pues en la actualidad la ciudad que visita solo tiene 16.000 habitantes frente a los 30.000 de cien años atrás. A ello hay que agregar la amenaza del progresismo modernizador, personificado en este caso en un prefecto, el representante del presidente de la República en Ayacucho, que por metonimia refiere al gobierno central. A propósito de un remodelamiento de la Plaza de Armas, el viajero comenta: "Me dicen que un prefecto progresista la acaba de plantar toda de arbolillos, convirtiéndola en mediocre parque municipal, a imitación del Cuzco. De seguro que con esto le han quitado su único atractivo, que era su rancio aspecto de la Colonia. Nuestra modernidad es mezquina, trivial o grotesca" (*Paisajes* 128). Este breve distanciamiento de la ciudad, agravado por el aspecto sucio de algunas de sus calles, concluye, produciéndose una reconciliación con la misma, cuando en su trayecto se encuentra con una casona donde descubre el escudo de armas de los Feria y esto le permite saltar tanto a la anécdota histórica como a la erudición genealógica. Asimismo, alguien le informa que un antepasado suyo, D. Antonio de la Riva-Agüero, que gobernó Huamanga entre 1709 y 1771, es decir, toda una vida como encomendero colonial, construyó unas piletas en el barrio de Santa Clara, el monasterio. "Por piedad familiar al remoto y olvidado tío –dice– voy a verlas" (*Paisajes* 132). En el lugar, la anécdota histórica brota otra vez y el historiador nos informa que tal casa de monjas albergó a doña Catalina de Arauso, la Monja Alférez. El párrafo final sobre Ayacucho retoma su reflexión sobre el mestizaje en clave citadina, pero esta vez mucho más taxonómico:

Si La Paz y Arequipa son las mestizas modernas, que procuran ataviarse a la europea; y el Cuzco, la noble *palla* incaica, empobrecida y desamparada, que entre sus andrajos guarda algunos retales agujereados y preciosos de su antigua túnica imperial; Ayacucho es la rancia mestiza española de la Colonia, que mantiene inmutables entre sus cerros las creencias y las costumbres que le enseñaron sus padres los conquistadores (*Paisajes* 136).

Por el contrario, la vida y obra del Inca Garcilaso se muestran como un espacio textual y biográfico mucho más estable que la "rancia

mestiza española”, como califica Riva-Agüero a Ayacucho en *Paisajes*. En la construcción biográfica del Inca, en la cual destacan su formación caballeresca y aristocrática, han sido excluidos la amenaza de lo popular y lo moderno que afectan incluso al criollismo colonial ayacuchano. El hecho de que el “Elogio” haya sido quizá el texto más reproducido de Riva-Agüero, no solo como introducción de varias de las sucesivas ediciones de la obra de Garcilaso, e incluso en traducciones, indica lo bien que las ideas de ese texto han sido recibidas por los lectores e intelectuales peruanos durante el siglo xx.²⁰ Lo último es evidente sobre todo en las sucesivas narraciones biográficas sobre el mestizo cuzqueño, donde es posible encontrar las huellas de la interpretación de Riva-Agüero, ya sea como una resonancia de sus ideas fuerza o ya sea como una profundización acerca de sus hipótesis sobre la cultura clásica y renacentista del Inca Garcilaso. Incluso un autor tan crítico a Riva-Agüero como José Carlos Mariátegui, siguió en este punto la valorización del primero.²¹ Las futuras biografías de Porras Barrenechea y Miró Quesada; los estudios biográficos de Lohmann Villena y Durand, recurren frecuentemente a los énfasis elaborados por la narrativa biográfica de Riva-Agüero, destacando la situación especial del mestizaje del Inca y su calidad de símbolo por excelencia de lo peruano. Incluso en la biografía visual de Garcilaso, realizada por el pintor cuzqueño Francisco González Gamarra, es posible encontrar la influencia del texto de Riva-Agüero en la representación visual del mestizo. Por todo lo anterior, es posible concluir que el “Elogio” se convirtió en la biografía maestra del Inca Garcilaso en el campo cultural peruano, determinando un discurso del peruanismo aún presente en la vida diaria del país.

NOTAS

1 El presente artículo ofrece un fragmento, adaptado para esta publicación, del capítulo sexto de *Biografía y polémica: el Inca Garcilaso y el archivo colonial en el siglo XIX*. Los lectores encontrarán referencias a este libro, a propósito de análisis más profundos que los ofrecidos en este artículo. Agradezco a Carmela Zanelli, maestra garcilasista, el diálogo sobre el mundo colonial desde mis años de estudiante en la Maestría en Literatura de la PUCP.

2 La moral de orden cristiana en cuanto a las relaciones familiares fue un tema en el que Riva-Agüero no acostumbraba a transar. De ahí que sorprenda que el supuesto concubinato monogámico no le resultara escandaloso para la época de la llamada Conquista. En el propio tiempo del historiador, cuando este llegó a ser primer ministro del gobierno del general Óscar R. Benavides, renunció después de ocho meses de gestión porque el gobierno decidió aprobar una ley de divorcio contra su voluntad (Pacheco Vélez 19). En todo caso, se puede argumentar que había en Riva-Agüero un doble estándar: uno que se aplicaba a la historia, en especial de los conquistadores; y otro a la vida. Se podrá argumentar en contra de este doble estándar que entre el “Elogio”

y la labor política de Riva-Agüero hubo más de quince años. Sin embargo, el ahora biógrafo de Garcilaso, revisó varias veces el "Elogio", al ser este objeto de múltiples ediciones. Sus correcciones, ese sentido, nunca cuestionaron su afirmación del concubinato como un aspecto positivo en la Conquista.

3 Estos viajes, asimismo, sirven a Riva-Agüero para construir un argumento defensivo más contra González de la Rosa: "Con estos viajes y comunicaciones de su vivaz adolescencia, fué allegando las impresiones auténticas y directas sobre el territorio y las leyendas del antiguo Perú que animaron en la edad madura sus palpitantes *Comentarios Reales*, y que tan sin razón ni fundamentos atribuyó a un plagio absurdo nuestro erudito González de la Rosa, en horas de inexplicable desvarío" ("Elogio" 352).

4 De hecho, el mismo Inca Garcilaso afirma ese carácter elitista que suponía ser vecino en la nueva sociedad que comenzaba en el Cuzco. Dice en las "Advertencias" de los *Comentarios reales*: "Tambien fe aduierta, que este nombre vezino fe entendia en el Perú por los Españoles que tenían repartimiento de Yndios: y en esse fentido lo pondremos siempre que fe ofrezca". (s/p).

5 Sigo en este artículo lo que Ernest Robert Curtis entendió como *translatio imperii et studii*, es decir, como transferencia de poder en el caso del primer término, y saber en el del segundo, de un pueblo o una civilización a otra. La bibliografía sobre este tema es amplia. Para un análisis diacrónico de los usos de la *translatio studii*, ver el artículo de Douglas Kelly "Translatio Studii: Translation, Adaptation, and Allegory in Medieval French Literature". De este texto tomo la referencia a Curtius (287).

6 En todo caso, para el Perú, la primera psicobiografía, *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega* de Max Hernández, recién verá luz en 1991. En 1939 encontramos ya un *Garcilaso-Inca (ensayo sico-histórico) 12 de abril de 1539-24 de abril de 1616* de Carlos Daniel Valcárcel que, a pesar del título, no tiene nada de psicología ni de psicoanálisis, y más bien es un texto bastante apegado al discurso histórico. Esta situación, sin embargo, ha sido mejor resuelta por el autor en su estudio de 1995 *Garcilaso: el Inca humanista*, en donde aborda la figura del Inca desde una lectura lacaniana.

7 Fue un lugar común de la biografía de Garcilaso pensar que la razón de su viaje a España fue pedir una restitución a la Corona. Sin embargo, lo anterior no se sostiene más, por lo menos desde 1939, época en que José Uriel García y Julián Santisteban Ochoa publicaron dos transcripciones del testamento del padre del Inca en el número 76 de la *Revista Universitaria del Cuzco*. En este documento, como indica José Durand, el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, el padre del Inca, "[...] dejó cuatro mil pesos oro 'a Gomes Suárez de Figueroa, su hijo natural, para que fuese a los reinos de España a estudiar, y en España se otorgase conforme' el parecer y voluntad del otorgante. El dinero debía asegurarse convirtiéndose en juros hasta que el heredero 'tenga edad cumplida'. Ya veremos que el Inca no empleó esa suma para el fin expresamente ordenado, y quizá por ello guardó silencio sobre el verdadero objeto de su viaje" ("El Inca llega" 30).

8 En este sentido también, la biografía de Riva-Agüero se muestra precursora de los futuros estudios de Durand. El trabajo de este, desde 1947 abordó de manera ejemplar la significación de la obra del Inca, situándolo en el proceso de la historia de las ideas europeas como una biografía intelectual. Su tarea estuvo orientada a destacar la formación renacentista del Inca y en ese sentido destaca su principal aporte a la biografía intelectual del cronista, al reconstruir la biblioteca del Inca a partir de información suelta que otros investigadores hicieron en esta línea, principalmente José de la Torre y del Cerro, quien publicó el inventario de los bienes del Inca, pero “sin aclarar los títulos de los libros”, según Durand (“La biblioteca” 239). A la construcción de la biografía intelectual del Inca, que tanto ha aportado Durand con este y otros estudios, podemos sumar un par de cartas de Garcilaso, halladas por Eugenio Asencio en 1954, que nos permiten reconstruir las relaciones intelectuales que el Inca sostenía, específicamente con Ambrosio de Morales, el gran historiador de las antiguallas de España, y de la cual Asencio desprende la influencia de la literatura anticuaria en la obra del Inca: “Garcilaso pudo aprender en la Crónica de su protector la importancia que tenía, para un aspirante a historiador, el estudio de las instituciones, la economía, la topografía” (592). El gran legado de Durand, sin embargo, quien para Mazzotti “pudo identificar numerosos elementos que tenían correspondencia con la tradición filológica, la literatura de los anticuarios, los tratados neoplatónicos renacentistas” (“El garcilacismo” 15), nos vincula con una línea de investigación sobre Garcilaso, centrado en el aspecto europeo de su obra y que fue hegemónica hasta la década de 1990.

9 Nótese que Montilla solo existirá en la narrativa biográfica a partir de la investigación de Raúl Porras Barrenechea, publicada en 1955, *El Inca Garcilaso, en Montilla, 1561-1614*.

10 El juicio de Menéndez Pelayo, al cual enfrentarán con distintas estrategias González de la Rosa, Polo y Riva-Agüero, afirma: “Los Comentarios reales no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomas Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilaso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba y la sinceridad con que acaso los creía, y á él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo XVIII dictaba a Voltaire la *Alzira* y á Marmontel su fastidiosísima novela de *Los Incas* [...] Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior á la vulgar, y es cierto que el Inca la tenía tan poderosa como deficiente era su discernimiento crítico” (*Antología* CLXIII y CLXIV). Para un análisis de esta reclasificación y su respuesta peruana, ver el quinto capítulo de *Biografía y polémica*.

11 Riva-Agüero no se basa propiamente en el texto de Guamán Poma para sostener su argumento a favor de Garcilaso, sino en un informe, presentado al Congreso de Americanistas de Londres de 1912 por su descubridor, Richard Pietschmann, quien la halló en 1908 en la Biblioteca Real de Copenhague (“Elogio” 391).

12 De hecho, Riva-Agüero identifica un marcado prejuicio político en el cuestionamiento de los españoles contra el Inca: “En la antigua metrópoli se apresuraban Jiménez de la Espada y Menéndez Pelayo a descalificarlo, ofuscados en su intemperante españolismo por la ardorosa apología de la civilización y la prosperidad incaicas” (“Elogio” 391).

13 Para un análisis detallado de la aproximación de Polo a la cuestión del héroe ver el quinto capítulo de *Biografía y polémica*.

14 Sin embargo, los límites entre una metáfora y una metonimia no han podido ser establecidos de manera específica y esta es la razón por la cual es posible encontrar metáforas que se vuelven metonimias y viceversa, o puntos de indeterminación entre ambas figuras de lenguaje (Riemer 380-387). En el caso del “Elogio” pareciera haber un momento en que Garcilaso, empezara a funcionar en una posición ambivalente en ese mecanismo de “semantic extension from a ‘basic’ or ‘root’ meaning to an ‘extended’ or ‘polysemous’ one” (Riemer 379-380), extensión que, según Jakobson, se definían por similitud, la metáfora, o por contigüidad, la metonimia. En el último texto sobre Garcilaso de Riva-Agüero, este aparece como un momento de contigüidad (metonimia) entre la cultura virreinal y el presente peruano, a través de su lectura e investigación de esa época; y como un momento metafórico (de similitud), entre las imágenes de lo heroico para la fundación del país y la posibilidad del significado futuro del Inca como símbolo nacional.

15 Incluso la obra de Cieza, que desde la *History* de Prescott, había reemplazado a la del Inca como fuente principal para escribir la historia incaica, aparece en el “Elogio” disminuida, recuperando el Inca un lugar prominente: “[P]ara apreciar las características del Tahuantinsuyu, tenemos que acudir a Cieza, pero ante todo y sobre todo a Garcilaso” (“Elogio” 393). Sobre la importancia de Cieza en el siglo XIX ver los capítulos segundo y cuarto de *Biografía y polémica*.

16 Formulación que se deriva, por cierto, de la idea de americanismo de Menéndez Pelayo. Sobre el americanismo en las páginas del español, véase la tercera sección del segundo capítulo de *Biografía y polémica*.

17 No es difícil imaginar que tal argumentación se situaba bastante lejos de las conclusiones que el propio Menéndez Pelayo estaría dispuesto a aceptar, lo cual sitúa al discurso de Riva-Agüero como un nuevo capítulo, esta vez republicano, de una afirmación criolla.

18 Cornejo Polar apunta que la visión rivagüeriana del Inca, “estableció un sólido estereotipo cuya trama [...] tiene dos grandes articulaciones: la que insiste en que la figura de Garcilaso es símbolo de la peruanidad, y la que subraya la excepcionalidad de tal mestizaje por ser doblemente nobiliario” (106). Para Cornejo Polar, la primera interpretación ha impregnado profundamente en la consciencia de diversos grupos sociales, al punto que hasta el pensamiento indigenista, como el propuesto por Uriel García, responde a este mestizaje integrador, aunque la versión de Riva-Agüero distinga claramente entre españoles e indios, entre aristocracia y plebe (106-07).

19 Si bien es cierto, Riva-Agüero encuentra insufribles a los cronistas barrocos, y se queja muchísimo de su estilo en *La historia*, también es cierto que prefiere a los autores coloniales en relación a los escritores históricos del xix. En general, siguiendo a Menéndez Pelayo, en su incursión en el archivo colonial, su criterio para valorar los textos será el clasicismo.

20 De las varias reediciones de esta pieza de Riva-Agüero, la principal es la de 1938, preparada exclusivamente para el volumen sobre el Inca Garcilaso que apareció en la Biblioteca Peruana, bajo la dirección de Ventura García Calderón.

21 Si para Mariátegui, Garcilaso es más inca que español, énfasis que lo distinguiría del discurso de Riva-Agüero, lo cierto es que en general comparte la valorización del segundo, quien lo había denominado como el primer peruano y su símbolo más excelso. Dice Mariátegui del mestizaje y la calidad de primer peruano del Inca: “Garcilaso nació del primer abrazo, del primer amplexo fecundo de dos razas, la conquistadora y la indígena. Es, históricamente, el primer ‘peruano’, si entendemos la ‘peruanidad’ como una formación social determinada por la conquista y colonización españolas. Garcilaso llena con su nombre y su obra una etapa entera de la literatura peruana. Es el primer peruano, sin dejar de ser español. Su obra, bajo su aspecto histórico-estético, pertenece a la épica española. Es inseparable de la máxima epopeya de España: el descubrimiento y conquista de América” (211).

OBRAS CITADAS

Asencio, Eugenio. “Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* VII (1953): 583-593.

Brading, David. *Profecía y patria en la historia del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, 2011.

Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte, 1994.

Cortez, Enrique E. *Biografía y polémica: El Inca Garcilaso y el archivo colonial andino en el siglo XIX*. Madrid and Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2018.

Dager Alva, Joseph. *Una aproximación a la historiografía del siglo XIX. Vida y obra de José Toribio Polo*. Lima: Instituto Riva-Agüero y Banco Central de Reserva, 2000.

Durand, José. “La biblioteca del Inca”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 2 (1948): 239-264.

—. “El Inca llega a España”. *Revista de Indias* 25.99-100 (1965): 27-43.

García Calderón, Ventura. “Literatura peruana (1535-1914)”. *Revue Hispanique* XXXI (1914): 305-91.

Hernández, Max. *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1991.

Kelly, Douglas. “Translatio Studii: Translation, Adaptation, and Allegory in Medieval French Literature”. *Philological Quarterly* 57 (1978): 287-310.

Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Ediciones Era, 1979.

Mazzotti, José Antonio. "Garcilismo en la era de la globalización" *Identidades* 68. (2004): 13-15.

Menéndez Pelayo, Marcelino. *Antología de poetas hispano-americanos*. Tomo III. Colombia-Ecuador-Perú-Bolivia. Madrid: Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1894.

_____. "Prólogo". James Fitzmaurice-Kelly. *Historia de la literatura española desde los orígenes hasta el año 1900*. Trad. Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid: La España Moderna, 1901.

Pacheco Vélez, César. *Menéndez Pelayo y Riva-Agüero. A propósito de su epistolario*. Lima: Boletín del Instituto Riva-Agüero, 1958.

Porras Barrenechea, Raúl. *El Inca Garcilaso en Montilla (1561-1614)*. Lima: Editorial San Marcos, 1955.

Riemer, Nick. "When is a Metonymy no Longer a Metonymy?" *Metaphor and Metonymy in Comparison and Contrast*. René Dirven y Ralf Pörrings, Eds. Berlín y New York: Mouton de Gruyter, 2002. 379-406.

Riva-Agüero y Osma, José de la. "El señor González de la Rosa y las obras de Valera y Garcilaso". *Revista histórica* IV.4 (1912): 312-47.

_____. "Elogio del Inca Garcilaso de la Vega". *Revista Universitaria* XI.1 (1916): 335-412.

_____. *Paisajes peruanos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995.

Valcárcel, Carlos Daniel. *Garcilaso-Inka (ensayo sico-histórico) 12 de abril de 1539-24 de abril de 1616*. Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad, 1939.

_____. *Garcilaso: el Inca humanista*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1995.

Vega, Inca Garcilaso de la. *Primera parte de los Comentarios reales, que tratan del origen de los Incas, Reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los Españoles passaran a él*. Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1609.